

paisaje agrario valenciano durante el siglo XV y también la articulación del territorio en base a unos conceptos de integración y jerarquización de los espacios económicos. Además, también caracteriza de manera individualizada –con el estudio prosopográfico aplicado a persona concretas, familias o instituciones eclesiásticas– el comportamiento de los sectores sociales que confor-

man el campo valenciano y también el sector más representativo del ámbito urbano, pues unos y otros comparten una serie de rasgos que, al fin y al cabo, configuran el rostro de la sociedad valenciana bajomedieval.

Vicent Royo Pérez
Universitat de València.

Lucy K. Pick; *Conflict and Coexistence. Archbishop Rodrigo and the Muslims and Jews of Medieval Spain*, University of Michigan Press, 2004, 239 pp.

La historia medieval de la Península Ibérica está recibiendo en la actualidad una mayor atención por parte de los historiadores anglosajones, tradicionalmente interesados en Francia, Inglaterra, y, en menor medida, Italia. La razón puede que esté en la complejidad de la historia medieval de los reinos hispánicos, donde se mezclan diferentes religiones (Islam, Cristianismo, Judaísmo), se confrontan modelos diferentes de organización social, y sobre todo, donde la evolución de cada una de las comunidades se basa en la relación con otros grupos étnicos. Ello traduce nuestra necesidad de comprender la sociedad multicultural que estamos viviendo, con las cuestiones diarias que surgen de búsqueda de identidad, rechazo y asimilación. De hecho, el presente libro se centra, precisamente, en el tema de la coexistencia entre las comunidades judías, cristiana, y musulmana en el siglo XIII, tomado tradicionalmente como el siglo de la convivencia, o el siglo dorado de la relativa armonía entre las tres culturas.

El libro reabre uno de los grandes debates en la historia de la Península acerca del significado de la convivencia étnica. La infinidad de páginas escritas sobre la materia, muy vinculada con el concepto his-

toriográfico de reconquista y el significado de la frontera como sujeto histórico, no han agotado la multiplicidad de perspectivas sobre las que abordar principios básicos como el de identidad, convivencia o aculturación que se suscitan del análisis de dicho período histórico. Buena muestra de ello es el presente libro. Para ello, la autora centra su atención, básicamente, en la religión como un elemento clave que define la percepción que cada uno de los grupos sociales tiene de sí mismo, así como el grado de aceptación que dicha fe otorga a las comunidades diferentes. La necesaria relación existente entre las diversas comunidades durante el proceso de reconquista ha venido siendo abordado desde un punto de vista negativo, en el sentido de que se han pretendido siempre analizar las causas que abocaron a la ruptura de la pacífica existencia entre todas ellas, desembocando en la definitiva expulsión de judíos y musulmanes de la Península Ibérica. Por su parte, la autora, en una apuesta valiente, decide analizar no los sucesos conflictivos sino la justificación teórica que dotó de sentido al hecho mismo de que en una sociedad pudieran convivir diferentes religiones en un plano aceptable y asumido por la sociedad cristiana, que a principios

del siglo XIII, el marco cronológico escogido, se estaba convirtiendo en la comunidad predominante gracias a un proceso de expansión, tanto cultural como militar. Para ello se ha analizado el discurso ideológico del arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada a través de varias de sus obras (*De Rebus Hispanie*, *Dialogus libre vite y el Auto de los Reyes Magos*, presumiblemente adjudicado al arzobispo). La importancia de dicho autor radica en la significación de su cargo (primado de España), su papel activo en la política del reino de Castilla, así como la trascendencia de su obra en la literatura y pensamiento posterior en la Península Ibérica. Por lo tanto, está de sobra justificada la elección del personaje histórico. Del análisis de las obras la autora colige que el arzobispo asumía la coexistencia de los cristianos con diversas comunidades ajenas a dicha fe debido a los pecados cometidos por los hombres. Por lo tanto, la existencia de esa “torre de babel”, es decir, la coexistencia, era obra misma de la creación divina. Jiménez de Rada estaba convencido de que la unidad de la fe jamás podría lograrse, pero que dicha unidad podría ser restituida en parte bajo la expansión de la fe cristiana y la supeditación a sus reglas, o a las reglas de la Iglesia, de las otras religiones. El principio adoptado por el arzobispo en sus obras da la supremacía al cristianismo pero no impone la conversión. Ello obligaba, por tanto, a la tarea de divulgar las verdades y aciertos de la Iglesia de Cristo frente a los errores de interpretación de musulmanes y judíos, con lo que se conseguía consolidar la “autoestima” de los cristianos y quitarles el miedo a ser “contaminados” por las ideas de las otras religiones. De este modo, se conseguía garantizar la coexistencia con otras minorías partiendo del presupuesto de la verdad indiscutible de los presupuestos cristianos, y la posibilidad de hacer cam-

biar las erróneas posturas de musulmanes y judíos a través de la discusión y el debate. Por lo tanto, la coexistencia va a ser analizada desde un punto de vista fundamentalmente teológico. La aceptación de la pluralidad de religiones encajaba perfectamente con la realidad social de la Península, mientras que en el resto del continente europeo se veía cuestionada por una iglesia romana cada vez más empeñada en la definición del cristianismo como una sociedad excluyente.

El libro posee una escritura ágil, y un discurso bien articulado a través de seis capítulos, incluidos la introducción y el epílogo. En la introducción, la autora reseña el uso de la historia y de la teología en la obra de Rodrigo Jiménez de Rada, que sirve para desarrollar todo un proyecto ideológico que pretende dar cabida a la realidad social en la Península en el siglo XIII. Además, se pretende reflejar la complejidad de una sociedad sumamente poliédrica que no puede ser enclavada en discursos reduccionistas (tales como una sociedad fanática, intransigente o con claros deseos de identidad nacional), sino más bien donde la coexistencia y la conflictividad son indisociables. Para ello, la autora analiza parte de la documentación municipal y catedralicia de Toledo intentando de este modo obtener una visión de la actividad real llevada a cabo por el arzobispo que complementa su discurso teórico. Sin embargo, los mejores pasajes del libro se encuentran en la interpretación de las obras escritas por Jiménez de Rada, dónde la autora ha centrado buena parte de las páginas del libro, y donde sus conclusiones encuentran un mayor peso. Por el contrario, la documentación escrutada (cartas de venta, contratos...) por la autora para justificar su hilo argumental adolece de un estudio comparativo con otras fuentes (crónicas, análisis de la política regia a través

de fueros, privilegios...) que permitan matizar las pobres impresiones ofrecidas de la sociedad castellana.

El segundo capítulo (Conquest and Settlement), tras la introducción, se centra en la fundamental labor del arzobispo en el proceso de conquista. Su papel principal como organizador del movimiento de cruzada, que finalizaría en la batalla de Las Navas de Tolosa, se justifica en el deseo de extender la cristiandad sobre la Península. Forma parte del mismo discurso del arzobispo en tanto que la convivencia se ha de llevar a cabo dentro del seno de la sociedad cristiana, por lo que ésta debe hacerse patente en todo el solar peninsular a través de la conquista y control efectivo del territorio. La autora desarrolla una idea muy interesante sobre la verdadera intención del arzobispo de Toledo, que lejos de pretender la unificación de toda la Península bajo el reino de Castilla, visión tradicional de la historiografía hispana, supondría el deseo de imponer la primacía de la sede toledana sobre el resto de la Península, como la verdadera heredera de la tradición cristiana visigoda. Ello suponía el respeto de la pluralidad de reinos independientes del solar hispano, puesto que todos se encontrarían bajo la jurisdicción religiosa de Toledo. La redacción de la obra histórica *De Rebus Hispanie* iba dirigida a presentar la necesidad de unidad en Hispania, perdida por la invasión musulmana, pero no bajo ningún reino particular, sino de nuevo bajo la fe de la Iglesia católica. Ello animó a Rodrigo a intensificar la lucha contra los musulmanes con el desarrollo de la idea de cruzada. Si bien la idea es sumamente sugestiva, no obstante cuando la autora pretende demostrar que la actuación de Rodrigo fue sumamente innovadora, e incluso contracorriente a su tiempo, aparecen una serie de dudas. La autora da prota-

gonismo exclusivo y visionario a la figura del arzobispo en cuanto a la ocupación del territorio y la lucha de conquista. Se afirma que tan sólo la búsqueda de botín era lo que animaba a la monarquía castellana a realizar incursiones en Al-Andalus. No obstante, hay suficientes argumentos no desarrollados en el libro para comprobar la labor de conquista y asentamiento desarrollada en Castilla desde tiempos de Alfonso VI. El papel de las Órdenes Militares se está demostrando más que eficaz, no tanto en la guerra contra el musulmán como en la ocupación y consolidación de tierras. De igual modo, las tácticas de guerra desarrolladas en la Edad Media que la autora recoge como meros deseos de botín en realidad supusieron fases de una campaña mayor de desgaste de los recursos económicos previa a la ocupación de los castillos, tal y como ocurrió con la toma de Toledo ya en 1085. Por lo tanto, la idea de ausencia de reconquista previa a Rodrigo Jiménez de Rada se muestra hartamente arriesgada con el análisis de los documentos efectuados por la autora.

Tras la presentación de la actuación del arzobispo en la esfera política, y su deseo de extender los dominios de la Cristiandad, en el tercer capítulo (A theology of Unity) comienza el análisis del pensamiento teológico de Jiménez de Rada. Para ello la autora referencia las fuentes y conexiones que pudiera haber mantenido el arzobispo, y que influyeron en su cosmovisión. Sobre todo, a través del pensamiento de Alan de Lille, se comienza a vislumbrar la idea pluralidad bajo la unidad. Otro de los puntales de la formación del arzobispo fue su labor de traducción de obras del árabe al latín. Dicha labor se enclavaba en la idea del arzobispo de que toda afirmación que fuese verdadera debía de ser asimilada por la sociedad cristiana, ya que no dejaba de ser parte de la

creación divina. Es interesante la idea de la autora de que el conocimiento intelectual formaba parte del botín de guerra, y que cómo tal podía tener un uso independientemente de su proveniencia.

A lo largo del capítulo IV (Rodrigo and the Jews of Toledo) es donde la autora centra buena parte de su idea de la convivencia. Para ello un libro que a priori podría considerarse como todo lo contrario. La redacción del libro *Dialogus libre vite* se encuentra inserto en la fecunda tradición de libros escritos contra los judíos. Sin embargo, la autora interpreta, a través de un comentario exhaustivo de la obra, que la redacción de la misma se efectuó no para atacar a los judíos, sino para demostrar las verdades de la fe cristiana frente a los errores de interpretación de los judíos. Prueba de ello serían las desuniones existentes dentro del seno de la comunidad hebraica referentes a la correcta comprensión de la palabra revelada en las escrituras. De este modo, el libro serviría para reforzar la identidad cristiana y dotarla de confianza, más que un ataque contra la convivencia. Esto respondería, precisamente, a un momento en el que la autodefinición de la sociedad cristiana se está llevando a cabo en Europa. Siguiendo a Karl Morrison, se desecha por completo las ideas de conversión a través de dichas obras o la labor de las misiones. El capítulo V (Polemic and Performance. The dialogus and the Auto de los Reyes Magos) sigue la misma línea con el análisis del auto, también realizado de una manera exhaustiva, ya que se redacta para la difusión entre los cristianos, y se centra sobre las verdades defendidas por su fe. Las vinculaciones entre la historia de la Península y los mensajes teológicos van destinadas a insuflar definición y confianza dentro del seno cristiano.

En el epílogo la autora resalta la pervivencia de buena parte de las ideas defendidas por Rodrigo Jiménez de Rada en personajes como Alfonso X el Sabio, ya en la segunda mitad del siglo XIII. De este modo quiere dotar de mayor influencia a la labor del arzobispo y no circunscribirla únicamente al análisis del personaje, pero considera que esto no es ya objetivo de la obra. Si bien el presente libro aporta novedosas ideas a ser tenidas en cuenta para la comprensión de la coexistencia entre diversas culturas en la España Medieval, no obstante da la impresión de que la excesiva centralización en el análisis de las obras de Jiménez de Rada reducen en este personaje la necesaria coexistencia de diferentes religiones no entendida hasta ese momento en el ámbito cristiano, o al menos defendida. El libro nos permite entender de una manera profunda el pensamiento y significado de la ideología de Rodrigo en su contexto cultural. Pero el estudio de la coexistencia esconde, en realidad, el análisis de los procesos de aculturación experimentados en la Península Ibérica en la Edad Media. En esa realidad de aculturación Jiménez de Rada jugó un papel decisivo puesto que ayudó, como la autora ha puesto de manifiesto, a consolidar la definición cultural de la comunidad cristiana y hacerla más rígida. La autora considera que la literatura contra los judíos fue básica para estabilizar las relaciones entre judíos y cristianos, y ayudó, de esta manera, a hacer posible la convivencia dentro del seno cristiano. Este libro debe entenderse en ese contexto de hegemonía militar y política llevada a cabo por los reinos cristianos que les permitió arrogarse el papel de vencedores. Si deseamos explicar las relaciones entre las comunidades étnicas sería conveniente analizar el problema con una perspectiva cronológica más amplia, en los que se apreciaría que las ideas del arzo-

bispo forman parte de unas circunstancias determinadas. Más que explicar el fenómeno en sí de la coexistencia, se trata de una respuesta utilizada por la sociedad cristiana para la autodefinición y el aumento de la intransigencia, consiguiendo de este modo el

desarrollo de tensiones que desembocarían en la desaparición de dicha coexistencia un par de siglos después.

Jorge Ortuño Molina
Universidad de Murcia

Daniel L. SMAIL, *Imaginary Cartographies. Posesión and Identity in Late Medieval Marseille*, Cornell University Press (London-Ithaca, 1999), 256p.

El profesor Daniel Lord Smail analiza en esta fascinante, y premiada obra, el modo en el que los notarios de Marsella consiguieron influir en los esquemas cartográficos de la ciudad en el período bajomedieval¹. Esta propuesta metodológica es particularmente atrevida si consideramos que los mapas urbanos, “tan comunes en el imperio romano, son prácticamente inexistentes en la Europa occidental antes del siglo XV.” Para compensar esa falta de ilustraciones, Smail utiliza las normas léxicas usada por el notariado urbano para describir la ciudad, valiéndose para ello de la documentación preservada en los archivos de Marsella entre 1250-1550 (aunque se concentra mayormente en los años 1337-1362). Basándose en estas fuentes (notariales, judiciales, señoriales, y fiscos), el autor destaca cuatro normas principales para describir y orientarse en la ciudad: calles, islas, vecindades, y elementos de referencia. Smail sostiene que estos esquemas cartográficos, como él les llama, están directamente ligados a los intereses de las entidades responsables que los han generado. Apoyándose en conceptos y técnicas de investigación propias de la socio-lingüística, Smail identifica una serie

de entidades, o “comunidades lingüísticas,” capaces de generar nuevos conceptos cartográficos, centrándose especialmente en tres de ellas: el notariado público; oficiales señoriales, y los hablantes de la lengua provenzal que no pertenecían a la nobleza.

Smail divide su estudio en cinco capítulos, además de un prólogo, una introducción, un epílogo, y varios apéndices. El primer capítulo ofrece una ilustrativa introducción sobre la situación socio-económica y política de la Marsella bajomedieval. Los siguientes tres capítulos se concentran en cada una de estas comunidades lingüísticas, y el último capítulo examina la relación entre concepciones espaciales y la manera en que los habitantes de Marsella se identificaban en la ciudad. Smail afirma que las conversaciones constantes entre notarios públicos y sus clientes sobre propiedades en el curso del los siglos XII, XIII, y XIV causaron que estos mismos notarios concibieran un esquema práctico, racional, y común para trazar la ciudad basada en calles. Este esquema no eral el mismo usado por otras burocracias administrativas para identificar espacios urbanos. El obispado de Marsella y la corona angevina, por ejemplo, descrita con más detalle en el capítulo tercero, preferían utilizar el esquema tradicional de la isla, que abarcaba varias manzanas enteras, que facilitaba, según el autor, un sistema

¹ El libro ganó el premio Herber Baxter Adams, concedido anualmente por la American Historical Association al libro más distinguido en historia europea escrito por un autor americano.